

VI

Aquel año Rosalía había obtenido la medalla de honor. Hacía cuatro que no había oído hablar de su madre ni de su hermana. Vivía con el señor Hertelín en un hotelito en la calle Alphonse-de-Neuville, trabajaba mucho, recibía poco, y siempre sencilla aun cuando empezaba á ser rica. Su padre había envejecido mucho y tenía el pelo completamente blanco. Era un hombrecito arrugado, muy delgado y que hablaba muy poco. Pasaba la vida sentado y leyendo en el estudio de su hija, y preciso era que Rosalía le hiciese un encargo para que se resignase á ir á París. Tomaba el aire cultivando tres rosales que adornaban uno de los macizos del jardín del hotel. No estaba triste, y callaba como si no quisiese decir en lo que pensaba continuamente. Sin embargo, un día entró agitado, con el rostro enrojecido, y explicó á su hija que en el ángulo de los Campos Elíseos y de la

plaza de la Concordia, había estado á punto de ser atropellado por el coche de Genoveva.

— Sí, si un paseante no hubiese tirado de mí, los caballos me hubieran pisoteado. ¡ Dos trotones espléndidos enganchados á una victoria magnífica. Y ella ¿ comprendes? sin hacer un gesto de emoción, sin un grito de pesar, me ha dedicado una amable sonrisa y me ha dicho « Bueno días, papá ». Es increíble; decir — Buenos días papá — á un hombre al que no se ya visto desde hace cuatro años, que se abandonó como sabes, y al que por poco se atropella. El corazón me ha dado un vuelco, he querido arrojarle á la cara toda mi indignación, pero ya estaba lejos, y sólo he podido ver las flores de su sombrero por encima la capota del carruaje ¡ Desgraciada! Insensible é irónica... Buenos días papá... Si la hubieses visto, una divinidad. Un abrigo de pieles que tal vez vale treinta mil francos. Y una seguridad, una elegancia... ¡ A lo que ha ido á parar! Más hermosa que nunca, y rejuvenecida. Cualquiera creería que sólo tiene diez y ocho años.

— Apenas tiene veintiséis, papá — dijo Rosalía con dulzura.

Reinó un momento de silencio. Mientras la joven continuaba pintando, su padre recorría á grandes pasos el estudio. Al fin, Rosalía preguntó con cierta vacilación:

— Y... ¿ estaba sola en el coche?

El señor Hertelín comprendió el alcance de la pregunta.

— Piensa que si hubiese ido con tu madre, hubiera empezado por decírtelo. No, iba sola. Sólo la idea de que tu madre la acompaña me hace estremecer de indignación... Bueno... Hablemos de otra cosa.

Se callaron, y nunca volvieron á reanudar aquella conversación, pero con frecuencia los dos pensaban lo mismo, y cuando aquel buen hombre sentado en su butaca dejaba caer el periódico ó el libro sobre sus rodillas, y con los ojos abiertos parecía soñar, Rosalía se decía : Piensa en ellas. Con habilidad, la joven se había informado, pero cuanto había logrado saber, era muy vago. La señora y la señorita Hertelín habían dejado el cuarto de la calle de la Paix después de haber intentado inútilmente atraer al señor Freeman. Las dos mujeres habían pasado el invierno en Niza. Allí se perdían sus huellas ; nada más se sabía de la señora y de la señorita Hertelín. Rosalía sospechó que habían cambiado de nombre. Pero ¿ en dónde estaban ? ¿ Cómo vivían ? ¿ Con qué recursos ? La idea de que se encontrasen en la miseria le era menos penosa que pensar que vivían rodeadas de lujo.

El encuentro de su padre había terminado su incertidumbre. Genoveva tenía coche, era rica. Había concluido mal... La joven resolvió borrar de su memoria el recuerdo de su hermana, y se puso á trabajar con tanto más ardor cuanto que el éxito le seguía siendo fiel y su reputación rayaba en celebridad ; se veía buscada por los centros artísticos, mimada por la sociedad, asediada por los vendedores que se disputaban sus cuadros y dibujos,



Rosalía había trabajado en su cuadro que se hizo célebre después :
La Vendedora de ramos de Violetas (pág. 137).

y no tenía un minuto que conceder á inútiles pesares.

Cantor y Reinaldo frecuentaban su estudio y hacían grandes esfuerzos para atraerla á sus casas, pero ella conservaba sus costumbres de burguesa, se acostaba temprano, no quería que su padre comiese solo, y conservaba su independencia. Con todo, no podía cerrar su puerta á los dos amigos y éstos se aprovechaban para ir largos ratos á admirar los estudios, á revolver los cuadernos y á comprarle cuanto les quería vender.

Con ellos nunca se había hablado de su hermana. Era un asunto reservado, y ninguno de los dos, que sin duda sabían lo que era de Genoveva, se hubieran atrevido á pronunciar su nombre delante de la señorita Hertelín. Durante todo un invierno Rosalía había trabajado con encarnizamiento y satisfacción en su cuadro, que se hizo célebre después : — la Vendedora de ramos de violetas. La inauguración del salón fué un triunfo para ella. La víspera del *barnizado* se había encontrado en el gran Palacio al mismo tiempo que el cortejo oficial del Presidente de la República, y el ministro de bellas artes había ido á buscarla para presentarla al jefe del Estado.

Con su trajecito negro, su sombrero de veinticinco francos, delgadita, pálida, el rostro iluminado por magníficos ojos, Rosalía había aparecido, en medio de los grandes personajes que se agrupaban frente á su cuadro, y sus compañeros, poco amables entre sí, según costumbre, le habían hecho una ovación. Cramoisí, el director de Bellas Artes había dicho á media voz : « Es la medalla de

honor » y todos habían aplaudido, dominados por la magnífica muestra del elevado valer de la artista. Y Rosalía, sencilla como siempre, había huido á los elogios, al entusiasmo, y, casi oculta entre su padre y Cantor, que la esperaban en un ángulo, había continuado su visita á las diferentes salas de la exposición.

Hay éxitos á los que todas las circunstancias favorecen: el verdadero valor de las obras, la oportunidad de la producción, la simpatía del público, la ausencia de competidores temibles, la coalición de ciertos intereses contra determinadas tendencias. En el triunfo de Rosalía concurrieron todos esos elementos, y ni siquiera provocó una discusión. El voto, por decirlo así, fué unánime, y la joven se encontró en el mundo artístico ocupando una situación excepcional.

Trataba de igual á igual á los grandes maestros, vendía sus cuadros á precios fabulosos y había hecho la fortuna de su primer protector, de Regis, con el que, hecho raro, no se había mostrado ingrata.

Una mañana estando sentada frente al caballete y colotando en él una cabecita de niño, el vendedor se presentó. Rosalía le estrechó la mano sin interrumpir por esto su trabajo, y él, acercándose y examinando el lienzo dijo:

— ¿Será para mí eso que hace usted?

— Será para usted... si lo quiere. Lervis, el de Londres, me encarga que no le olvide, pero ya sabe que á usted le sirvo antes que á nadie.

— Sí, pero con todo, no me dió usted la Vendedora de violetas.

— Hacía dos años que el señor Cantor me había encargado el cuadro.

— ¿Es cierto que le dió cien mil francos por él?

— Me dió lo que quiso. No le puse precio; es un amigo.

— Buena suerte tiene. Yo le hubiera dado el doble, y todavía hubiera ganado. Sus cuadros se cotizan... ¿Quiere darme una compensación?

— Con mucho gusto.

— Pues bien, he ahí de lo que se trata. Un peruano muy rico, el señor Sanchez Yturry, ha venido á preguntarme si querría usted hacer el retrato de su mujer.

— ¿Por qué no? ¿Cómo es esa señora? ¿Joven, vieja, bonita, fea?..

— Joven y muy bonita según se dice, porque yo no la conozco. El señor Sanchez Yturry es un exportador de guano, archimillonario, que todos los años pasa seis meses en París. Su mujer no va con él al Perú, y él quisiera llevarse su retrato á Lima. Ya ve usted que eso es conmovedor.

— Y ¿cuándo quiere el retrato?

— En seguida si es posible.

— Posible es porque se trata de usted. ¿Cuánto le da?

— Lo que le pida. Es como el señor Cantor. Para él el dinero no tiene valor. Usted ¿cuánto quiere?

— Veinte mil.

— ¿ Por qué tan poco?

— Porque es mi precio acostumbrado. Si usted puede, hágase dar cincuenta mil francos, eso no me importa, y la diferencia será para usted.

— Es usted extraordinaria. No conozco á nadie que se conduzca así

— Bien, pero ante todo, he de ver á la señora de Yturry; si no me gusta, ni por todo el oro del mundo la retrataré.

— Corriente, avisaré á su marido para que le diga que venga á verla. Por la tarde ¿ verdad? esas mujeres se levantan tarde.

— Antes de las cuatro, el día que quiera.

— Perfectamente.

Regis se marchó y Rosalía continuó trabajando. Dos días después, á eso de las tres, la joven examinaba unas pruebas que acababan de traerle de la imprenta cuando el criado entró y dijo:

— La señora de Yturry desea ver á la señorita.

Rosalía recogió los grabados, cerró los cajones, arregló el caballete, y dió orden para que hiciesen pasar la visita. Con ruido de seda, vestida con refinada elegancia, luciendo un talle esbelto y en la cabeza un gran sombrero negro, el rostro cubierto por un velillo blanco con lunares, como si fuese á una cita amorosa, una mujer joven entró. Rosalía le indicó una butaca y dijo:

— Señora, tenga la bondad de sentarse.

La señora de Yturry levanto el velillo, y Rosalía, estupefacta, pudo ver el rostro de su hermana.

— Buenos días, querida — dijo Genoveva — Perdona que me haya introducido en tu casa sin decirte antes quien era. Temía que no quisieses recibirme. ¿ Estás bien?

Rosalía, sin hablar, examinó á su hermana con ojos perspicaces. Las artes de tocador se extendían por todo su rostro, la pintura daba viveza á los ojos, y los labios estaban llenos de carmín. En las orejas, Genoveva lucía dos perlas inestimables.

— ¿ Quién es el señor Yturry? — pregunto Rosalía al cabo de unos instantes.

— El señor Yturry es un buen mozo muy rico, muy generoso y muy amable, que te presentaré si me prometes recibirle cortesmente. Te pagará mi retrato tan caro como cualquiera de tus americanos.

Al oír esta alusión á las afectuosas relaciones que unían á Cantor, Reinaldo y Rosalía, esta enrojeció. El tono con que Genoveva había pronunciado éstas palabras era amargo y ofensivo. Asperos rencores vibraban en él. La señorita Hertelín no quiso darse por entendida, pero cambió de conversación.

— Dame noticias de mamá...

— Está bien. Este tarde ha ido de compras con Yturry. Se entienden á maravilla... y mamá impide que le roben...

Rosalía bajo la cabeza. Cogió un álbum, y, como era

costumbre en ella, se puso á dibujar maquinalmente. En el papel se precisó el rostro de Genoveva, no como había sido, sino como era, atrevido y altivo.

— Y aquí ¿cómo vivís? preguntó la señora de Yturry.

— Como de ordinario.

— Siempre las costumbres del *faubourg* Poissonnière... Sin embargo, se dice que ganas mucho dinero ¿qué haces con él?

Rosalía levanta la cabeza y fijó en su hermana una mirada penetrante :

— Lo economizo para dárselo á mi madre y á ti cuando lo necesitaréis.

La joven se puso á reír haciendo con la mano un gesto desdeñoso :

— Si es por esto, no te prives de nada. Sanchez me da cuanto quiero; tengo cien mil francos de renta, un hotel, diez caballos, y un millón en alhajas.

— Desdichada — exclamó Rosalía. — ¿Cómo es posible que confieses tan cínicamente tu vergüenza? Ese hombre te sostiene, y tú te enorgulleces...

— Se casará conmigo cuando quiera.

— ¿Y por qué no quieres?

— Esa es buena. Sería preciso acompañarle seis meses todos los años al Perú en donde hay fiebre amarilla. No, eso no. La libertad y París. Cuando pierda mi juventud y él liquide sus negocios — veremos.

— ¿Y si te deja antes?

— ¿Si me deja? Mirame.

De pie, con el rostro iluminado por la tamizada luz del estudio, alta, rubia y orgullosa, ofrecía la radiante



imagen de la cortesana triunfante. Rosalía, siempre artista, impresionada por el arreglo del traje, la gracia del movimiento y la brillantez del conjunto, pensó : « ¡Qué cuadro ! »

Pareció que Genoveva leía en los pensamientos de su hermana. Riendo dijo :

— ¿ La actitud te gusta? ¿ Vuelvo mañana?

Rosalía movió tristemente la cabeza.

— Ni mañana ni nunca.

— ¿ Rehusas?

— Nuestro padre vive conmigo. No podrías venir sin encontrarte con él. ¿ Qué le dirías?

— Ni me da miedo, ni me sentiría molesta...

— Tú tal vez no — contestó la artista — él sí, y muy cruelmente. Es viejo, necesita muchos cuidados y... ha sufrido ya demasiado.

— Entonces ¿ no harás el retrato?

— No, sobran pintores de talento que harán ese trabajo mejor que yo.

— Sanchez quiere que seas tú quien lo haga.

Rosalía levantó la cabeza, frunció el entrecejo, y su rostro adquirió repentina firmeza.

— Ese retrato, Genoveva, por muy rico que tu peruano sea aún no lo es bastante para pagarlo.

Extendió el brazo, y señalando un estudio que representaba á su hermana á los veinte años, fresca, cándida, y pura, añadió :

— Ese es el sólo retrato de Genoveva Hertelín que puede existir firmado por mí. Es el de una niña inocente y sencilla. Pero ese, es de mi padre y mío, y nunca saldrá de aquí. Nos recuerda el pasado, y con el pasado goces que no sentiremos más.

Dos lágrimas rodaron por las mejillas de Genoveva. Su rostro se crispó con una mueca, y murmuró :

— ¡ Oh! siempre sensible. La gran artista sigue teniendo alma de burguesa.

Oyéronse pasos en la habitación vecina, y una tocesilla anunció al señor Hertelín.

Rosalía dijo á su hermana con autoridad :

— No debe saber que has venido. Ponte el velo y vete.

La hermosa señora de Yturry obedeció y dirigióse á la puerta del estudio. En aquel mismo momento su padre entraba. El anciano se inclinó, sin reconocerla, y, arrimándose á la pared, le dejó el paso libre. Genoveva le rozó el hombro y salió en silencio acompañada por su hermana.

— ¿ Quién es esa señora? — preguntó Hertelín á Rosalía cuando volvió. — Es elegantísima, y ha dejado aquí un perfume delicioso.

La joven se acercó á su padre, le besó la frente, y dijo con indiferencia.

— Es una extranjera.

— ¿ Quiere su retrato?

— Sí, pero no puedo hacerlo.



— ¿ Por qué?

— Porque me he impuesto un trabajo yo misma... Siéntate ahí... Hace tiempo que tengo ganas de trabajar... en un retrato tuyo... Hasta ahora no me había creído capaz... Pero ya creo que puedo arriesgarme...

— ¡ Ah! ¡ Ah! — dijo maliciosamente el señor Hertelín. — ¿ Me vas á retratar? ¿ Me puedo permitir ese lujo? ¿ Qué te daré en cambio?

Rosalía miró al anciano con mucha gravedad :

— Lo que nadie más que tú ha sabido darme hasta hoy : un cariño profundo y sincero...

El anciano comprendió ; bajó la cabeza, sentóse en la butaca, y Rosalía empezó á pintar.

FIN

EN LA RIBERA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO